

Sobre todo, la pintura que hace el autor de la enfermedad y muerte del fundador, no con la prosáica monotonía del P. Sigüenza, sino con la brillantez que sabe el Sr. Rotondo imprimir á sus cuadros; la apreciación artística que se hace en el capítulo VI; y sobre todo el discurso fundado que termina la parte material acerca del destino que debiera darse en la actualidad al monumento para su conservación y decencia, son pasajes que, unidos á los que anteriormente citamos, aumentan todavía más la importancia de la obra, hasta un grado tal que nada dejan que desear al más exigente, y bastarían á formar la reputación del autor, si no la tuviera ya asegurada.

Vivo trasunto de la España de Felipe II, el Escorial, ese logogrifo de piedra, como ha querido llamarle un extranjero celoso de nuestras glorias, refleja en ese inmortal poema artístico-religioso que le consagra la pluma inspirada del Sr. Rotondo, toda la ascética severidad del fundador, toda la calma melancólica de su carácter tétrico, en consonancia con las líneas de esa grandiosa fábrica, cuyo espectro destaca sus gigantescas formas en un horizonte puro, donde hunde las cruces aéreas de sus campanarios como una exuberancia titánica, hita augusta y triunfante del cristianismo, esfuerzo heroico del monarca más poderoso del mundo, que en un arranque de su fe, inspirado, perseverante y tenaz, quiso legar á las generaciones futuras la poderosa huella de su nombre, incontrastable en medio de las luchas político-religiosas del siglo XVI.

El apéndice histórico, tan acertadamente escrito, viene á dar complemento y unidad propia á este trabajo, digno en un todo del monumento á que se dedica, literaria y artísticamente considerado: en su discurso redóblase el ingenio del autor, escediéndose acaso á sí mismo, é imprimiendo con ello un sello supremo á su empresa. Su gran caudal de conocimientos facultativos, su expedición práctica, el gran tecnicismo que emplea, con las demás particularidades que concurren, forman el conjunto de circunstancias que constituyen un fondo majestral, á todas luces meritorio.

Y en verdad que únicamente un artista-escritor pudiera aspirar á dar armonía y forma á una obra colosal de ese género; y no solo un escritor-artista, sino al propio tiempo rico y poderoso, cualidades bien raras por cierto en España, y por lo mismo ajenas en su conjunto al autor, como ya espusimos á su tiempo.

Sin embargo, no se trata tampoco de presentar la obra que analizamos como un modelo de perfección y exenta de defectos, lo cual, al paso que pudiera envolver una especie de mistificación lisonjera y hasta ridícula, aparecería como una vana pretensión excepcional, antítesis indigna del carácter del hombre que, impotente por naturaleza para producir cosa alguna completa, en vano se querria ahora destruir la valla que limita su posibilidad precaria, para crear sobre las ruinas del error, que es su emblema, un mentido apoteosis que le divinizará. Lejos, pues, de nosotros tal propósito, que destruiria la base de nuestro trabajo, rebajando al propio tiempo el valor del asunto que lo motiva: hasta ahora hemos examinado este en tesis general, y en tal sentido debe apreciarse el juicio emitido acerca del mismo.

En medio, pues, de todo ese monstruoso conjunto meritorio, descúbranse no obstante ligeros defectos de estilo, impropios tal vez del rigorismo escolástico que predomina en todo el texto, arcaísmos deslizados inadvertidamente entre esa multitud de bellezas clásicas, y algun descuido sustancial en la trabazón orgánica del cuerpo de la obra. Tan cierto es, según ya dijimos, que nada sale perfecto de la mano del hombre, y que todo, hasta el mismo sol, centro de luz y vida del universo, tiene sus manchas é impurezas. Sin embargo, son puntos frívolos y casi imperceptibles, repetimos, y que apenas dejan notarse en el conjunto, pero de los cuales, siquiera sean nimiedades apenas sensibles, no debe prescindir el censor en su crítica, si ha de ser esta racional y justa.

Hay además quien ve demasiada poesía en el lenguaje, algun arranque de estilo pretensioso, lujo descriptivo y panorámico, exajerado hasta la arrogancia del novelista; un concurso, en fin, de circunstancias, de galas y de estímulos, elegante y florido en verdad, más de lo que se acostumbra en obras de este género, aserción en cierto modo inconveniente, pues desprendiéndose en su caso del buen gusto, que en nuestro concepto no está reñido con ningun ramo literario, por más que á primera vista se pretenda contravenir con ello á la rigidez sistemática y tradicional de los preceptistas, relega la historia, privada de sus mejores atavíos, á ese círculo, sobremanera prosáico, donde ha flotado, insustancial, monótona, proscrita, por decirlo así, y olvidada junto al camino del progreso, donde marcha todo y se sublima en escala ascendente, nunca estacionaria. El estilo de la obra del Sr. Rotondo, aparte de ciertas ligerezas, si bien no es puramente castizo en la latitud de la expresión, es por lo menos flúido, ameno, y aun, si precisamos la especie, dramático en un grado eminente, y cual conviene á cierto género de obras didácticas, cuyo atractivo es incuestionable en realidad cuando se aprecia y juzga con el prisma del sano criterio.

Hay sobre todo una particularidad sensible apenas, y que requiere toda la sutileza perspicaz de los críticos para adivinarse á través de la dorada alfombra que la trasparenta; y es esa admirable táctica, tan ingeniosa y habil por parte del autor, para eludir en ciertos casos su responsabilidad al juzgar determinados actos y circunstancias, sobre los cuales pasa, como si dijéramos sobre áscuas, proyectando á veces en su ráudo vuelo un débil reflejo equívoco de su opinión, no siempre franca, pero que sin embargo permite adivinarse. Nosotros, pues, que en uso de nuestro derecho de críticos hemos analizado algunos de esos puntos, profundizando su espíritu y concordando su examen con autorizadas fuentes históricas bajo la base de la más rígida imparcialidad, sentimos desviarnos algun tanto de esa misma opinión en varios conceptos considerados filosóficamente á toda su importante altura en el terreno especial de las apreciaciones, donde sinceramente y sin condescendencia alguna la juzgamos. El carácter de Felipe II sigue siendo todavía un enigma para todos los que ante los fastos históricos, á través de los siglos, y lejos del calor de las pasiones que pudieran desfigurarle en su época, se fatigan en vano

en aclararle: el problema queda siempre sin resolver, por mas que la pretenciosa vanidad de los críticos que lo intentara haya tratado de profanar el secreto, y rasgar el denso velo que le encubre.

¡Inútil tarea! En vano se pretenderá despojar á esa terrible figura de ciertos rasgos fisiológicos harto denigrativos; vano será el esfuerzo que, dándole mas de lo que merezca acaso, y prescindiendo de otros datos, trate de justificar ese inflexible caracter, con su fria crueldad, su fanatismo hipócrita, su refinado egoismo, á que lo sacrificara todo, hasta el amor paternal, tan acendrado y puro hasta en los irracionales, y sobre el cual pesa el severo juicio de las generaciones, que si no han fulminado definitivamente un fallo supremo, han apreciado ya sus actos, única prueba concluyente que deriva el proceso todavía abierto, y del cual despréndese únicamente un fulgor sangriento.

Felipe II, aun á pesar de su afectada piedad, de sus hazañas, de su talento diplomático y de sus rígidas austeridades, es un nombre que resuena envuelto aún en el humo de las fatídicas hogueras del Santo Oficio, cuyo poderío abarcó ambos mundos, y que llevado en los vientos de la fama, de Oriente á Occidente, de Norte á Sur, su eco omnipotente hace palpar el corazón de terror y angustia, hiela todavía la sangre en las venas, abate el espíritu, y comprime los resortes vitales en un círculo apenador y triste. Ese recuerdo, traído á través de tres siglos como una mágica evocación lúgubre, ejerce sobre el alma cierta presión horrible ante el pálido espectro que reproduce la idea de esa imaginaria figura, la cual, en su tiempo, mereció á sus enemigos los protestantes el dictado de *el demonio del Mediodía*.

Seamos, pues, ingenuos: en uso de nuestra habitual franqueza, no hallamos medio para justificar en este caso el dudoso caracter de ese monarca, por lo menos ante el proceso misterioso del príncipe D. Carlos, ante esa tenaz intolerancia contra los flamencos, que distraía las fuerzas y la atención de España, mientras la Reforma y su desbordado torrente, cual tromba airada, encendía el cisma en Inglaterra, y arrastraba al cadalso á una piadosa reina entre las oleadas de una revolución herética, criminal é infame, escándalo de la historia, y que todavía puede decirse que permanece impune. ¿Cómo, pues, esa inmunda ráfaga cegó la vista suspicaz del coloso del siglo, que pudo apagarla con un soplo gigante, y que dejó de hacerlo tal vez ante ese pretexto, tantas veces culpable, que llaman *razón de Estado*? No, el desastre de la *Invencible*, que se dirijiera al parecer con dicho objeto contra la impía Isabel, no es todo lo que exigieran la vindicta pública, la religión y la civilización cristianas, si habían de quedar cumplidamente satisfechas, obteniendo al paso una reparación honrosa. Felipe II pudo y debió haber hecho mas todavía; lejos de retroceder en la empresa, contentándose con prestar á la causa de los Estuardos un apoyo moral, y manteniéndose á la expectativa de los sucesos, pudo haber seguido otra línea de conducta bien diversa que, sacando á salvo las instituciones y el orden, hubiera contribuido al menos á amenguar los progresos del protestantismo, y la disolución moral consiguiente que destruyó el pacto civil y falseó las garantías orgánicas de la sociedad europea, constituida sobre la base inmutable de la religión de Cristo.

Tal es nuestra opinión en este punto; y la hemos esplanado de intento con alguna extensión, por corresponder así á nuestro propósito como base cardinal del asunto primordial que produce estas líneas. Felipe II, alma y creador del monumento cuya historia y bellezas ha inspirado la pluma del Sr. Rotondo, es al propio tiempo la viva encarnación de esa utópica especie, ya en desuso, llamada *derecho divino*, de la cual vivió siempre poseído, pretendiendo con ello cohonestar sus abusos; y escudándose siempre con esa pretendida inviolabilidad, nacida de su propio error, divinizó, por decirlo así, su capricho, erijido en único norte ó guía de sus acciones.

El autor de la presente obra, sorprendido acaso por ese entusiasmo que despierta naturalmente la idea de su propio asunto, ha visto solo al fundador sin duda que, borrando con este rasgo de piedad mística sus flaquezas, queda purificado en cierto modo de ellas, por mas que el grito de reparación deje de hallar eco en aquel corazón, vacío de sensibilidad y petrificado como el mármol; por mas que la sangre circulara por sus venas de hielo, fria, sin calor ni vitalidad propias, sino cuando mas galvanizada por ese afectado misticismo, que era la máscara de la hipocresía, arma necesaria y convencional de su capricho. No, ese mandato de piedad acomodaticia, ese artificio ascético, esa religiosidad forzada hasta el fanatismo, y que tantas víctimas ha costado siempre á la humanidad, no bastan á encubrir una realidad á todas luces palpable, ni á disipar esa niebla oscura que revela el verdadero caracter de Felipe II.

Con todo, el autor, dueño de su criterio y fiel á la entereza que le distingue, no ha podido ni debido abdicar él mismo, y en ello hallamos la razón de haber templado el duro calificativo que nos merece este incidente: así que habla con el corazón, expresándose aunque con una vaguedad de cierto género, por lo cual, respetando su conciencia, solo le combatimos en el terreno de las apreciaciones, sin que pueda verse alusión alguna hácia el mérito literario de la obra, que queda á salvo en el buen lugar que le compete, y donde, como ya dijimos, le admiramos.

III.

Digamos también algo acerca de la parte material y artística, como punto complementario de nuestra crítica, y requisito esencial para unificar la idea que al principio nos propusimos.

Anticipando, aunque vagamente, la especie, anunciamos ya un concepto alusivo al lujo desplegado en esta publicación extraordinaria, que casi puede competir con las mejores ediciones extranjeras: ahora es llegado ya el momento de esplanar esa misma especie, iniciada apenas, con la debida latitud circunstanciada que su objeto requiere, metodizando en lo posible su análisis al alcance de nuestras nociones facultativas, bien limitadas por cierto.

Ante todo, y aunque parezca ageno en cierto modo á este lugar, no podemos menos de llamar al paso la atención hácia esa profundidad de conocimientos geológicos, sobre la naturaleza y clasificación física del terreno que describe el autor con ese tecnicismo, con esa propiedad que distingue de un modo tan eminente el grado de sus nociones facultativas en esta parte esencial de su trabajo, y conducidas ordinariamente con un criterio filosófico; la exactitud matemática que preside en la formación de los planos, vistas panorámicas y sus escalas métricas que ilustran la obra; y esa totalidad, en fin, tan minuciosa de pormenores, de datos, de particularidades, que viene á constituir un tesoro de inapreciable fondo para el arqueólogo, para el filósofo, para el literato y para el artista, que hallarán indudablemente en sus páginas mucho que admirar y que aprender tal vez.

En nuestra tarea de calificadores de la obra citada, y deseando hacer cumplida justicia á su autor, además de esa multitud de documentos raros y originales que ya indicamos, debemos notar también esa colección de preciosos facsímiles de todos los monarcas, desde Felipe II hasta Fernando VII, del célebre lego Villacastin, del P. Sigüenza, y, sobre todo, el de Sta. Teresa de Jesus, los cuales hemos tenido la curiosidad de compulsar con sus originales, habiéndolos hallado en un todo conformes, así como igualmente la mayor parte de las letras y adornos capitulares y finales que figuran en la obra, copiados de los libros y códices del monasterio.

Llama también la atención ese abismo, digámoslo así, de retratos sueltos é intercalares, ese lujo de grabados y láminas en madera, en acero, en litografía y al cromo, y aun fotografía también, que ilustran hasta con profusión la obra, verdadera reproducción de edificios, de vistas, paisajes, panoramas y de personajes célebres, copiado todo del natural, con toda la delicadeza y escrupulosidad que pudiera desear el más exigente.

Y sin embargo, á fuer de imparciales, no podemos menos de confesar que en este punto la obra del Sr. Rotondo es bastante vulnerable, como que adolece de sensibles defectos, que no pueden pasar desapercibidos para los inteligentes. La parte pintoresca, formando notable contraste con la puramente tipográfica, que deja bien poco que desear en este punto, carece de unidad artística en su desempeño, en sus proporciones y método; su ejecución, exenta de armonía, disuena por esa discordante desigualdad que resalta á primera vista, constituyendo á la vez una sombra visible proyectada sobre la esfera luminosa del conjunto analíticamente considerado, si bien este mismo defecto en su origen viene á redundar, cuando no en mayor mérito para la obra, en mayor lauro al menos para su autor, si se aprecia bajo su verdadero aspecto, y tomando por punto de partida la idea intencional que le produce. Don Antonio Rotondo, en la explosión de su entusiasmo, inflamado por la vehemencia de un deseo patriótico, y fuera del mezquino círculo del egoísmo, propio únicamente de almas vulgares, tuvo un rasgo verdaderamente noble que enaltece la suya, signo característico de hombres de su clase. Asociando á su generosa ambición otra más grande, si cabe todavía, generalizando y fundiendo, por decirlo así, la idea, hermanando determinados extremos en una santa aspiración colectiva, quiso que su obra fuese en todos conceptos esencialmente española, aun á costa de abdicar una parte de satisfacción, haciendo además cualquier sacrificio de amor propio. Desarrolló su programa, haciendo un llamamiento artístico puramente nacional, y estableció desde luego en esa misma obra un palenque contradictorio, en el que cupieran todos los sistemas conocidos, desde la fabricación del papel hasta la tipografía, desde el grabado en madera hasta la fotografía y el cromo; grandiosa idea, esplanada espontáneamente en la esfera de un pensamiento tan desinteresadamente preconcebido, y que pudo conseguir la realización práctica de ese público certamen, abierto al estudio, al pundonor y á la gloria.

Más como quiera que aunque artista el autor, y por lo mismo inteligente en la materia, era á la vez también editor y administrador de su obra, estos diversos cargos simultáneos, complicados siempre y mucho más cuando se reasumen en una sola persona, destinada además á otras atenciones, crean naturalmente imposibilidades imprescindibles por su parte, dificultades relativas y lógicas descuidos, inevitables para el hombre destituido de auxiliares, por mucha que sea su laboriosidad y constancia. El Sr. Rotondo, aunque constituido en punto central y directivo de esa gigantesca máquina, no ha podido, sin embargo, dominar cumplidamente ni aun regularizar la organización del mecanismo en sus diversas particularidades, ni su atención ha podido dejar de padecer distracciones de lamentable efecto, que vienen á deslucir la materialidad de la obra.

El papel es de diferente calidad, de desigual color y consistencia, y su pasta no guarda por consiguiente la uniformidad

debida; el tamaño, la ejecución de las láminas y grabados, el iluminado, el método, en fin, heterogéneo que predomina en la parte material, todo ello viene á abrir una brecha desfavorable, triste contraste junto al gran mérito literario de la obra, y aun también junto á la mayor parte de esos mismos trabajos artísticos, dignos en un todo del magnífico asunto que ilustran, puesto que los hay completamente inmejorables.

No obstante, vamos á aventurar una especie, una presunción no destituida quizá de fundamento: ó mucho nos equivocamos, ó parte de esos grabados mismos ocultan, bajo una firma nacional supuesta, su origen extranjero; recomendable ardid que en su hipótesis viene á redundar en lauro y prez de los artistas españoles, que, sin hacerles agravio, pocas veces pueden competir en perfección con los extranjeros en este punto, hablando en términos generales. Citemos, entre otros, y en apoyo de nuestra sospecha, el precioso grabado de la página 49, al cual solo puede achacarse tal vez la corta talla de Felipe II, á quien representa.

Reconociendo el nuevo editor esas mismas imperfecciones, esa desigualdad, ó mejor dicho, esa degradación tan marcada en ciertas láminas, en los momentos en que trazamos estas líneas se nos asegura que trata de la nueva estampación y reforma de las más defectuosas, para distribuir las á los suscritores; apreciando la oportunidad y la justicia que así lo exigen, si se han de uniformar en lo posible la armonía y el método, atendido el estado de la publicación, ya tan avanzado.

Otro defecto no menos reparable resalta igualmente á la vista, sin que alcancemos medio alguno de justificarlo, y es la supresión del iluminado en los adornos, titulares y finales de capítulos en las últimas entregas de la obra; circunstancia que desdice notablemente y altera esa misma unidad y armonía de que hemos hablado, y que debe presidir siempre en estos casos. En concepto nuestro, habiéndose adoptado desde el principio este sistema, hubiera sido preferible á ese mal colorido empleado en dicho ramo; pero que una vez establecido ya, debiera haber continuado hasta el fin.

Como quiera que sea, nos consta que el autor no debe ser responsable de esta falta, ni de las que anteriormente indicamos respecto á la ejecución de las láminas; y en esta disculpa creemos dispensarle justicia con la imparcialidad propia del censor que con conocimiento de causa observa y juzga, absteniéndose de esplanar la especie por motivos que la prudencia dicta.

Por último, si nuestras observaciones hubiesen valido, pudiera haberse reducido á otra forma algo más manuable el tamaño tan exagerado de la obra, sin que con ello perdiera esta su hermosura ni su brillantez natural, acomodada al asunto grandioso que la sirve de argumento y norma. Esa prolongación inmensa, que sale de la regularidad común aun tratándose de cierto género de obras, de ediciones régias y extraordinarias, como la de que vamos tratando, solo pudiera obtener una disculpa, la misma que se nos ha objetado sin que haya bastado á convencernos. Esta disculpa se refiere á la ampliación necesaria del tamaño de las láminas sueltas que ilustran el texto, y que no puede reducirse sin deprimir el grandioso interés que la mayor parte de sus asuntos requiere; pero esta especie, en cierto modo oportuna, no nos satisface. Lejos de pretender nosotros esa reducción, exigiríamos se ampliara aún más, si fuera posible; sin embargo de que aun dentro del arte existen reglas de disminución que permiten contraer las líneas de la perspectiva sin faltar á la perfección y á la verdad. No; aun prescindiendo de ello, y renunciando á ese recurso artístico posible, pudiera haberse llenado nuestro deseo, fundado en la reducción del tamaño del texto independiente á la marca del folio español prolongado, reuniéndose aparte todas las láminas sueltas, que pudieran haber constituido un magnífico álbum de marca imperial, donde indudablemente hubiesen estado mejor conservadas. Con todo, esta opinión no pasa tal vez de ser una exigencia, ó un simple capricho de gusto por nuestra parte, y como tal la consignamos.

Reasumiendo, pues, cuanto dejamos dicho, la obra del Sr. Rotondo, altamente recomendable bajo su aspecto literario, rebajado apenas por determinados defectos de estilo, también lo es filosóficamente considerada, prescindiendo de algunas apreciaciones equívocas y de varios conceptos desacertadamente calificados. Considerada bajo su aspecto puramente artístico, al paso que la parte tipográfica es casi inmejorable, según dijimos, reúne trabajos excelentes, si bien deja bastante que desear en cuanto al papel, á la ejecución de varias láminas y grabados, bastante inferiores comparativamente con otros, y sobre todo con respecto al iluminado en general; circunstancias que, alterando la igualdad y armonía que requiere la unidad del conjunto, constituyen con ello un vacío sensible para sus admiradores. Ya notamos anteriormente la causa primordial que produjo esos defectos mismos por parte del autor, cual es el deseo de españolizar, digámoslo así, la totalidad de su empresa, compartiendo con sus compatriotas ese rayo de gloria, que nadie podrá quebrar ya sobre su frente, al paso que protegía la industria nacional el que, merecedor de esa protección misma á que era acreedor por tan justos títulos, debiera verse luego á su vez abandonado, arruinado á costa de su credulidad y buena fe, burlado su pensamiento noble hasta en sus compromisos de honor ante el público, y abocado al abismo de una calamidad repugnante y triste.

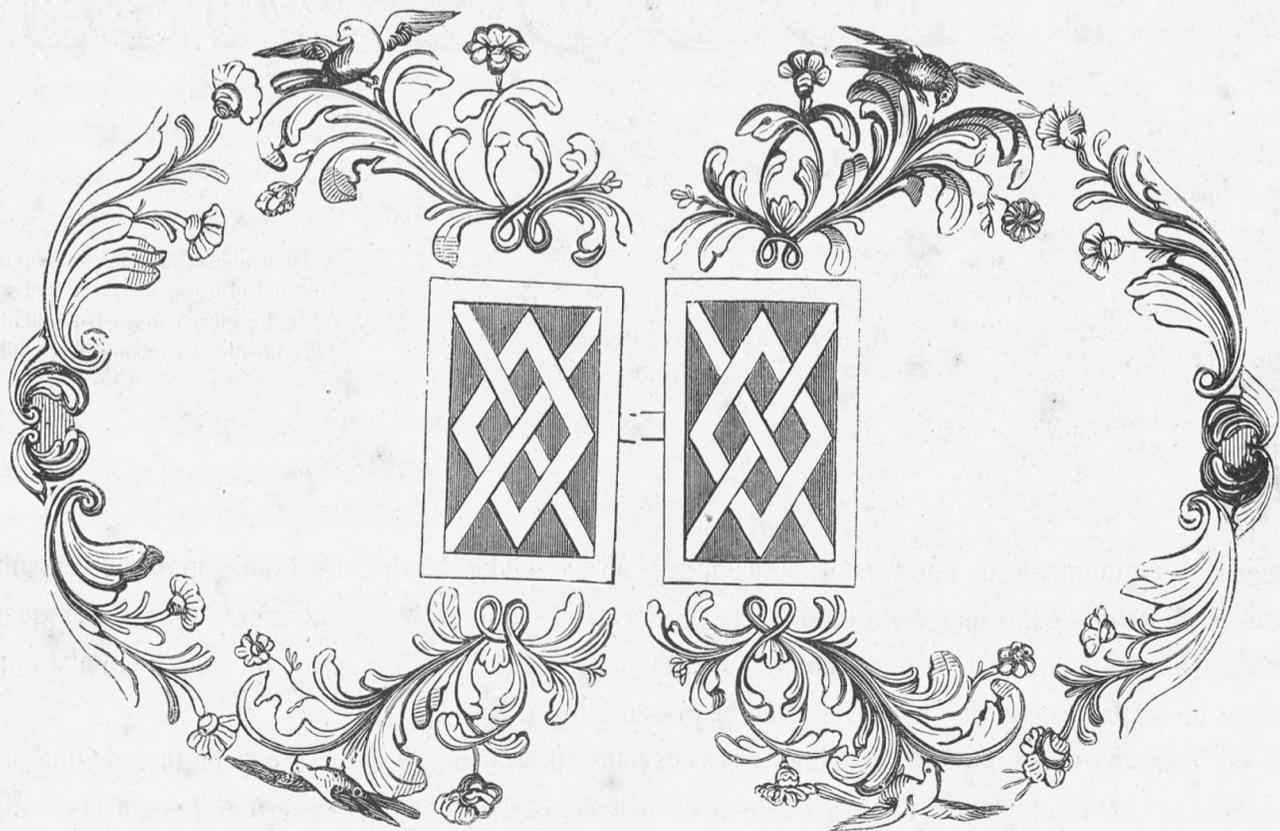
No será grande el lucro que obtenga el autor por esa profunda y desatendida empresa, ni compensadas sus tareas, sus desvelos de diez años consecutivos de elucubraciones científicas, de laboriosas vigilias, de fatigas y sacrificios sin número, que hubieran abatido el espíritu de cualquier otro: la doble edición de su obra, su inusitado lujo, y ese esplendoroso esfuerzo que refleja, si bien no siempre satisfecho, y sobre todo el gran valor que todo ello encierra para el hombre imparcialmente

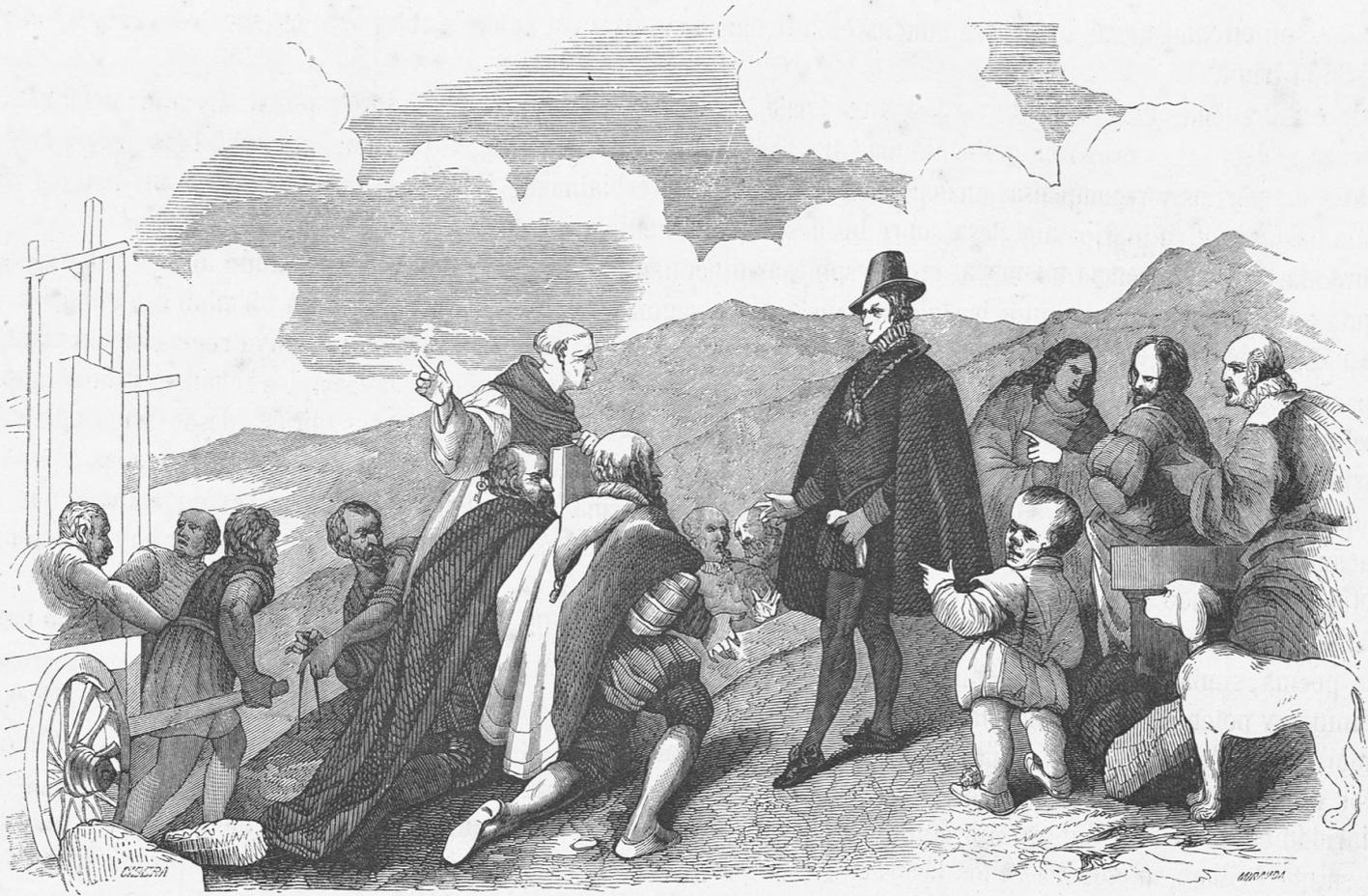
entendido, son circunstancias todas que concurren á llenar el corazon del autor de una plenitud bien lisonjera. ¿Quién podrá disputarle el triunfo?

Es preciso además confesar otra verdad bien triste, aun á costa quizá del Gobierno español. La obra del Sr. Rotondo ¡vergüenza es decirlo! es proporcionalmente mas apreciada en el extranjero que en España; regla constante desgraciadamente tratándose de méritos y recompensas análogas en este pais, proverbialmente ingrato y degenerado por un sistema tradicionalmente bastardo y rutinario, que pesa sobre los destinos del génio.

Con todo, esa indiferencia misma, al crear espinosas dificultades, ha preparado al propio tiempo al autor un mayor lauro, exaltando los quilates de su triunfo: bástale la satisfaccion, segun dijimos, de haber llevado á término esa empresa, que ha venido á llenar un gran vacío en los anales de la literatura y de las artes en esta pobre patria, cuya regeneracion marcha, aun á despecho de sus falsos intérpretes. Por nuestra parte, haciendo valer en este caso las simples relaciones sociales que apenas nos unen con D. Antonio Rotondo, como que apenas le conocemos sino es por sus obras, desde hoy, admirando su reputacion, á que justamente responde el entusiasmo creado por la presente historia, nos obligará todavía mas en su favor la honra que le hemos merecido de dar un lugar preferente en la misma á este delicado cuanto atrevido trabajo que nuestra presuncion se ha permitido, puesto que tratándose de obras de cierta clase como ella, el papel de censor es ciertamente comprometido y desairado.

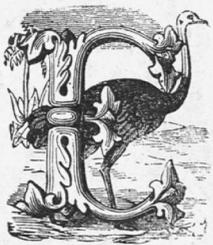
Sublime epopeya del arte, síntesis de la idea religiosa que compendia, la *Historia del Escorial* es al propio tiempo un místico poema, simbolo de la Divinidad que en sí refleja, cerniéndose sobre los esplendores del génio, que es su creacion, su hálito infuso y potente, himno inmortal consagrado á ese brillante apoteosis, destinado á cerrar la página que el arquitecto, el fundador y sus restauradores dejaron abierta á la posteridad á través de los siglos y sus vicisitudes. Poeta, filósofo, historiador y artista, el Sr. Rotondo, al desplegar sus poderosas dotes para la creacion de esa monumental empresa, verdadera singularidad en su clase; al imprimirla ese indisputable sello de originalidad que la inmortaliza en medio de esa aureola de gloria en que brillará su nombre en los fastos de la república literaria contemporánea, solo él podia aspirar á llenar esa honrosa página, y lo ha logrado. Por nuestra parte, al darle la mas cumplida enhorabuena por tan feliz éxito, no podemos menos de consignar nuestra admiracion ante esa grandiosa obra, á la cual, como un justo homenaje al génio que la ha producido, consagramos con toda la imparcialidad del criterio este razonado cuanto incompleto análisis.—*José Pastor de la Roca.*





INTRODUCCION.

Tú tambien durarás, ¡ó maravilla,
Que del brio español marcas el vuelo!
Y en elegancia y magestad sencilla
Unes el sólio á la mansion del duelo.
(ARRIAZA.)



El culto que desde nuestros primeros años hemos rendido al arte, el sentimiento que nos inspiran las bellezas artísticas, y el justo orgullo que nos infunden las grandezas monumentales que encierra esta patria querida, á veces menospreciada, siempre deprimida y nunca imparcialmente juzgada por los extranjeros, he ahí los impulsos que guian hoy nuestra pluma; he ahí las causas que han producido el presente libro.

El Escorial, como ha dicho un autor anónimo, cuyas exactas apreciaciones trasladaremos en mas de una ocasion á nuestras páginas; el Escorial, monumento á la vez de las artes españolas, templo imperecedero de las glorias del fundador, es y será por largo tiempo objeto de curiosidad y admiracion, asi para los naturales que contemplan con noble orgullo en la obra de Felipe II las grandezas de su patria, como para los extranjeros que, atraidos por su universal celebridad, rara vez penetran en nuestro territorio sin intencion de visitarlo.

Vencedoras nuestras armas en San Quintín, el suntuoso Monasterio del Escorial fue el arco de triunfo que habia de perpetuar en los siglos venideros la memoria de este hecho. Allí fue sintetizada la civilizacion del siglo XVII; allí las artes